SERIE 2026

piebs



UNA IGLESIA QUE ARDE



Una Iglesia que arde
Copyright © 2026

Solicitud de información:
Primera Iglesia Evangélica bautista de Santiago
Compañía de Jesús 1730, Santiago de Chile

Creación y Redacción: Pr. Andrés Santibáñez O.
Diseño y Diagramación: Matías Campos J.
Desarrollo editorial de la Primera Iglesia Evangélica Bautista de Santiago.

Todas las citas bíblicas de esta versión, salvo indicación contraria, proceden de la Santa Biblia, Nueva Versión Internacional® (NVI®). Copyright © 1973, 1978, 1984 por la Sociedad Bíblica Internacional.
Usado con autorización de Zondervan. Todos los derechos reservados.

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse, almacenarse en un sistema de recuperación ni transmitirse de ninguna forma ni por ningún medio (eléctrico, fotocopia mecánica, grabación o cualquier otro), salvo una breve cita en reseñas impresas, sin la autorización previa del editor y el autor.

www.piebs.cl

CONTENIDO

Capítulo I
Cuando Jesús Reina, la iglesia nace ..... .05

Capítulo II
Cuando el mundo presiona, la iglesia avanza ..... .17

Capítulo III
Cuando la iglesia sangra, el evangelio se expande .... .29

Capítulo IV
Cuando la gracia cruza fronteras, nadie queda fuera .41

Capítulo V
Cuando el evangelio se traduce, el mundo se transforma ..... .53

Capítulo VI
El evangelio sigue en movimiento ..... .65

Capítulo VII
Encadenado, pero no silenciado ..... .77

Capítulo VIII
Un libro sin final ..... .87

Carta Pastoral ..... .99



Pero cuando venga el Espíritu Santo sobre ustedes, recibirán poder y serán mis testigos tanto en Jerusalén como en toda Judea y Samaria, hasta en los confines de la tierra.

Hechos 1:8 NVI

CAPÍTULO I

CUANDO JESÚS REINA, LA IGLESIA NACE



En Hechos de los Apóstoles 1:1–3:26 (NVI) no vemos simplemente el inicio de una institución religiosa. Vemos el nacimiento de un movimiento global. Un cuerpo que llevará el nombre de Cristo hasta lo último de la tierra. Un pequeño grupo de discípulos asustados comienza a entender que Jesús, su mesías, realmente está vivo... y que eso cambia toda la historia.

El relato de Lucas no presenta la irrupción del Espíritu Santo como un evento aislado en la fiesta del Pentecostés (el profeta Joel ya lo había anticipado, Joel 2:28-29), sino como la presencia activa de Dios asegurando la continuidad de la misión de Jesús en el mundo. Jesús mismo había establecido esta futura realidad cuando declaró:

> *"Pero cuando venga el Espíritu Santo sobre ustedes, recibirán poder y serán mis testigos tanto en Jerusalén como en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra"*
>
> **Hechos 1:8**

Ese Espíritu de Dios llegaba para tener un papel protagónico en la misión, en la vida de la Iglesia y en el testimonio al mundo. No vino para el beneficio privado de algunos creyentes, sino para el avance público y total del Reino de Dios.

La historia comienza con Jesús resucitado enseñando a sus seguidores más cercanos. Ellos viven el momento, pero aún tienen en mente la restauración política de su pueblo, sin embargo, Jesús los lleva a algo más profundo. No se queda pegado en los detalles étnicos

y los impulsa a mirar más allá de sus ambiciones humanas, los lleva a mirar el Reino de Dios. No les promete control de masas, les promete poder del cielo para la misión. No les entrega un plan estratégico, les pide que esperen en Jerusalem... ellos obedecen.

Jesús se eleva al cielo, dejando una promesa en sus corazones:

> *"Este mismo Jesús, que ha sido llevado de entre ustedes al cielo, vendrá otra vez de la misma manera que lo han visto irse"*
>
> **Hechos 1:11**

Esa espera termina con el estruendo de un viento que llena toda la casa donde estaban reunidos. El Espíritu Santo se manifiesta en el Pentecostés y todo se transforma. El miedo cambia a valentía, pasan del encierro a la proclamación de una fe pública. Personas de distintas naciones comienzan a escuchar el mensaje en su propia lengua. El evangelio comienza a ser comunicado por medio de la obra poderosa del Espíritu de Dios.

Hubo rechazo, antipatía y resistencia. Ahí se levanta Pedro en medio de la multitud, ya no como el traidor que había negado a su Maestro, ahora lo hace en el poder que Jesús había anunciado, comunicando el evangelio con claridad y valentía. Explica lo que está pasando a la luz de las Escrituras. Jesús fue crucificado, sí. Pero Dios lo levantó de entre los muertos. Y ahora es Señor y Mesías.
Unas tres mil personas responden. No hubo música adecuada o un ambiente correcto que motivara los corazones. El mismo poder que hizo que llamas como de

fuego posaran en sus cabezas, ahora daba convicción al corazón de la necesidad de un salvador. Así comienza una comunidad que no se define por un evento, sino por un estilo de vida.

Perseveran en la enseñanza, adoran juntos en las casas, comparten la mesa, oran en comunidad, sostienen al que tiene necesidad. La fe comienza a salir del corazón para dejarse ver en un profundo amor solidario. Esta perseverancia revela que la Iglesia no nació como una audiencia, sino como una familia espiritual dispuesta a permanecer unida por medio de los lazos de su fe cristiana. La comunión, la generosidad y la oración no eran actividades accesorias, sino expresiones naturales de una nueva realidad espiritual.

Milagros suceden. En la entrada del templo, un hombre cojo es sanado. No hay espectáculo, ni publicidad que anuncie el milagro. Simplemente en el nombre de Jesús, el hombre camina. El milagro no apunta a los apóstoles; apunta al Cristo resucitado. Señales que muestran que el Reino prometido está comenzando a mostrarse de manera visible en medio de ellos.

Pedro vuelve a predicar. Esta vez en un tono más enérgico y directo: “Ustedes lo entregaron y lo rechazaron” (Hechos 3:13). Mataron al Autor de la vida, pero Dios lo levantó de entre los muertos. Sin embargo, y a pesar de esa cruda acusación, todavía la esperanza estaba con las puertas abiertas. Como él bien sabía, el amor de Dios estaba incluso para quienes lo habían rechazado. Sin titubeos los llama al arrepentimiento, y así entrar a los tiempos prometidos de descanso.

Este mensaje apostólico no solo anunciaba el señorío de Cristo, también exigía una respuesta. Pedro lo expresó con claridad:

> *"Por tanto, para que sean borrados sus pecados, arrepiéntanse y vuélvanse a Dios..."*
> **Hechos 3:19**

El arrepentimiento no es presentado como un mensaje de condenación, sino como el acceso a la restauración de la vida. Dios no solo salva del juicio, sino que introduce al creyente en una nueva etapa de renovación espiritual.

Así como la salvación es una iniciativa de Dios, el nacimiento de su Iglesia también lo es. Cada acto, cada relato, es más que un hecho humano histórico por registrar, es la obra poderosa del Espíritu Santo actuando en medio de esa historia. Las manifestaciones milagrosas como las lenguas o sanidades no fueron el fin en sí mismos; fueron verdaderas señales de restauración en medio de un mundo quebrado y golpeado por el autoritarismo y la persecución.

Y todo cambio, pero ¿qué hicieron? ¿Cuáles fueron los primeros pasos que dieron como comunidad?

> *Así, pues, los que recibieron su mensaje fueron bautizados y aquel día se unieron a la iglesia unas tres mil personas. Se mantenían firmes en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en el partimiento del pan y en la oración. Todos estaban asombrados por los*

> *muchos prodigios y señales que realizaban los apóstoles. Todos los creyentes estaban juntos y tenían todo en común: vendían sus propiedades y posesiones, y compartían sus bienes entre sí según la necesidad de cada uno. No dejaban de reunirse unánimes en el Templo ni un solo día. De casa en casa partían el pan y compartían la comida con alegría y generosidad, alabando a Dios y disfrutando de la estimación general del pueblo. Y cada día el Señor añadía al grupo los que iban siendo salvos.*
>
> **Hechos 2:41-47**

El desafío para nosotros es incómodo pero necesario. La Iglesia del primer siglo derrochaba comunión, generosidad, alabanza, oración. Caminaba en arrepentimiento y sujeción al Espíritu de Dios. ¿Qué nos dice eso a la Iglesia contemporánea?

¿Queremos el poder sin la espera? ¿Comunidad sin sacrificio?
¿Reino sin arrepentimiento?

Hechos 1–3 no es un molde que copiamos, es un fundamento sobre el que caminamos. No repetimos Pentecostés; vivimos bajo el mismo Señor que fue exaltado y el mismo Espíritu que sigue obrando. La pregunta no es si volveremos al primer siglo, sino si hoy estamos sometidos al Cristo que reina. Porque donde Él gobierna, la Iglesia siempre vuelve a nacer. Y la verdadera pregunta es si nosotros estamos dispuestos a vivir bajo ese gobierno.

1. Si Jesús realmente reina hoy, ¿qué áreas concretas de mi vida todavía no están completamente bajo su gobierno?

2. ¿Estoy intentando cumplir el propósito de Dios con mis propias fuerzas, o estoy aprendiendo a esperar, depender y obedecer al Espíritu Santo?

3. La primera comunidad expresó su fe en comunión, generosidad y oración. ¿Mi vida refleja esa misma transformación visible o mi fe permanece principalmente en lo privado?}

4. Pedro llamó al arrepentimiento como puerta a la restauración. ¿Hay actitudes, decisiones o direcciones en mi vida que necesitan ser reorientadas hacia Dios?

5. Si el Espíritu vino para capacitar testigos, ¿de qué manera concreta estoy participando en la misión de Cristo, o estoy observando desde la distancia?

Conclusión

Hechos 1:1–3:26 no es el final de una historia, sino el comienzo de un nuevo camino: Jesús vive, reina y continúa obrando por medio de su Espíritu. Lo que comenzó con un grupo pequeño de 120 personas, expectantes y dependientes, pronto se convertiría en un movimiento imparable que llegaría rápidamente a tres continentes. No porque sus nuevos miembros fueran extraordinarios, sino porque el Cristo llegaba sus corazones por medio de su Espíritu.

La Iglesia nació, y no lo hizo desde la seguridad, sino desde la obediencia. No creció desde el control, sino desde la rendición y el arrepentimiento.

El mismo Espíritu que dio valentía a Pedro, que transformó el temor en testimonio público y que formó una comunidad viva, seguirá empujando a la Iglesia hacia territorios inexplorados. Vendrá oposición, persecución y momentos de profunda tensión. Pero también vendrán milagros, conversiones y nuevas evidencias de que el Reino de Dios sigue avanzando. Nada de esto será accidental. Cada capítulo revelará que Dios mismo sostiene la misión que inició.

El libro de Hechos de los Apóstoles seguirá mostrando que el verdadero protagonista no es Pedro,

ni los apóstoles, ni la Iglesia, sino el Espíritu Santo. La historia no terminó con ellos. Continúa hoy con la Iglesia del presente. Y la pregunta ya no es qué hizo Dios, sino qué seguirá haciendo.

¿Serás parte de esta revolución mundial?



Los que se habían dispersado predicaban la palabra por dondequiera que iban.

Hechos 8:4 NVI

CAPÍTULO II

CUANDO EL MUNDO PRESIONA, LA IGLESIA AVANZA



En Hechos 4:1–37 hasta 7:1–50 (NVI) la historia de la Iglesia primitiva entra en una nueva fase. Ya no se trata solo de nacer; ahora se trata de sobrevivir. El movimiento que comenzó con el Pentecostés ahora enfrenta algo inevitable: la reacción violenta del poder religioso establecido. Comienza un profundo cambio. La fe cristiana deja de ser una novedad y se convierte en una amenaza a todo el statu quo. Y es precisamente en esa tensión donde la Iglesia descubre quién es realmente.

Todo comienza con un arresto que traerá consecuencias. Pedro y Juan son detenidos por predicar la resurrección de Jesús. El mismo sistema religioso que había crucificado al Maestro ahora intenta silenciar a sus empoderados discípulos. Pero algo ha cambiado. Estos hombres ya no corren a esconderse. Pedro, lleno del Espíritu Santo, mira a los líderes religiosos a los ojos y lanza una declaración que retumba hasta hoy:

> *"De hecho, en ningún otro hay salvación, porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres mediante el cual podamos ser salvos"*
>
> **Hechos 4:12**

En ese primer siglo, en un mundo que ya mostraba preferencia por la pluralidad de opciones, Pedro planta una afirmación absoluta. Y lo hace desde una cárcel, sin poder político ni respaldo institucional. El Sanedrín queda a manos atadas. No pueden negar el milagro. No pueden refutar las valientes palabras de hombres sin credenciales académicas. Solo les queda amenazarlos y dejarlos ir.

La comunidad responde como solo una Iglesia viva puede hacerlo: no con un plan de manejo de crisis, sino con oración. Y esa oración no pide protección ni comodidades.

Pide valentía. El lugar donde están reunidos tiembla, y todos son llenos del Espíritu Santo. La respuesta de Dios ante la persecución no es la retirada de su pueblo, sino su fortalecimiento.

Pero la vida interna de la comunidad también es puesta a prueba. La generosidad radical que caracterizaba a la Iglesia, donde vendían propiedades y compartían todo, no estaba libre de tensiones. El matrimonio de Ananías y Safira deciden participar de esa generosidad, pero con una mentira finamente calculada: venden una propiedad, retienen parte del dinero y pretenden públicamente haber dado todo. No fue la retención del dinero lo que provocó el juicio de Dios. Fue la mentira al Espíritu Santo.

Pedro los confronta sin rodeos: "¿cómo es posible que Satanás haya llenado tu corazón para que mintieras al Espíritu Santo y te quedaras con parte del dinero que recibiste por el terreno?" (Hechos 5:3). El relato es incómodo. Ambos mueren. El temor se apodera de toda la Iglesia, sin embargo, no deja de crecer y manifestar el poder de Dios. Lucas no suaviza la escena. Este episodio revela que la santidad de la comunidad no es negociable. El Espíritu que da poder también demanda absoluta verdad.

La persecución escala. Los apóstoles son arrestados nuevamente, esta vez todos. Un ángel los

libera durante la noche y les ordena volver al templo a predicar.

Cuando el Sanedrín los encuentra enseñando de nuevo, la frustración explota. Pedro responde con una frase que define la postura de toda Iglesia fiel:

> *"¡Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres!"*
>
> **Hechos 5:29**

No es un acto de rebeldía política. Es una declaración de lealtad. La Iglesia no busca conflicto con las autoridades, pero cuando la autoridad humana contradice la voluntad divina, el creyente no manifiesta una opción neutra. Gamaliel, un fariseo respetado, interviene con una sabiduría, tanto que el propio Sanedrín no puede ignorar sus palabras: si este movimiento es de hombres, caerá solo; si es de Dios, nadie podrá detenerlo... simple pero efectivo. Los apóstoles son azotados y liberados. Salen gozosos por el privilegio de sufrir por el nombre de Cristo.

Pero el crecimiento trae otro desafío: la organización interna. Las viudas de habla griega son desatendidas en la distribución diaria de alimentos.

La queja es legítima. Los apóstoles no la ignoran ni la espiritualizan. Reconocen que no pueden hacerlo todo y proponen una solución práctica: elegir a siete hombres de buena reputación, llenos del Espíritu y de sabiduría, para servir las mesas. Entre ellos está Esteban, un hombre que demostraría que su alcance estaría más allá de las mesas.

Esteban lleno de gracia y de poder, realiza señales entre el pueblo. Su predicación es tan contundente que sus detractores no pueden contrarrestarla limpiamente.

Como no logran vencerlo con argumentos, recurren a testigos falsos. La acusación: blasfemia contra Moisés y contra Dios. Lo llevan ante el Sanedrín, y Lucas registra un detalle extraordinario, que dice mucho de lo que representaba su figura (un enviado de Dios): todos vieron que su rostro parecía el de un ángel.

El capítulo 7 recoge el discurso más extenso de todo el libro de Hechos. Aquí Esteban no se defiende; predica. Recorre la historia de Israel desde Abraham hasta Salomón, y lo hace con un propósito claro: mostrar que el pueblo de Dios siempre tuvo una tendencia a resistir al Espíritu Santo y a rechazar a los enviados de Dios.

Esteban fue claro: Abraham fue llamado a salir. José fue vendido por sus propios hermanos, pero Dios lo levantó como salvador de su familia. Moisés fue rechazado dos veces por su pueblo antes de ser enviado como libertador. Dios le habló desde la zarza, lo usó para abrir el mar y entregar la ley en el Sinaí. Pero el pueblo, en pleno desierto, decidió fabricarse un becerro de oro. Preferían un ídolo visible a un Dios presente.

Desmonta la idea de que Dios puede ser contenido en un templo hecho por manos humanas (reflexión teológica ya muy avanzada). Cita al profeta Isaías para subrayar que el cielo es el trono de Dios y la tierra es el estrado de sus pies. No hay construcción humana puede encerrarlo. El templo era un símbolo legítimo, pero el

pueblo lo había convertido en un fin en sí mismo.

Este discurso es una bomba teológica lanzada al corazón de ese grupo de poder religioso. Esteban les muestra un espejo que no quieren ver. La misma resistencia que sus antepasados mostraron contra los profetas, ellos ahora la repetían contra Jesús.

¿Qué nos revela esta sección del libro de Hechos? Que la Iglesia no crece a pesar de la oposición, sino a través de ella. Que el Espíritu Santo no solo capacita para predicar, también confronta la hipocresía interna de la Iglesia. Que la fe genuina no se adapta al sistema, sino que lo desafía con verdad, con gracia y, a veces, con la propia vida.

La Iglesia que Lucas describe no busca la aprobación para seguir avanzando. No mide su éxito por su aceptación cultural. Prospera porque está convencida de que Jesús vive, reina y sigue actuando en ellos por medio de su Espíritu. Y esa convicción, como bien lo diría Gamaliel, nadie puede detenerla.

¿Estamos dispuestos a vivir con esa misma convicción?

Pedro declaró que no hay otro nombre bajo el cielo mediante el cual podamos ser salvos. ¿Vivo con esa convicción o la he suavizado para encajar en un entorno que prefiere la ambigüedad?

Ananías y Safira cayeron por aparentar una entrega que no era real. ¿Hay áreas de mi vida donde proyecto una espiritualidad que no corresponde a lo que realmente vivo?

Los apóstoles declararon que es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres. ¿En qué situaciones concretas me cuesta más sostener esa lealtad?

Esteban mostró que Israel resistía constantemente al Espíritu Santo. ¿De qué formas podría estar yo resistiendo la dirección del Espíritu en mi vida, en mi familia o en mi servicio?

La Iglesia primitiva crecía en medio de la persecución, no a pesar de ella. ¿Mi fe depende de circunstancias favorables, o está arraigada en la convicción de que Cristo reina incluso cuando el mundo presiona?

Conclusión

Hechos 4:1–7:50 no es solo un relato de oposición y sufrimiento. Es la evidencia concreta de que el Espíritu Santo hace avanzar a la Iglesia cuando todo parece empujarla hacia atrás. Cada arresto, cada amenaza, cada juicio injusto terminó produciendo más predicación, más convicción y más crecimiento. No porque los apóstoles fueran invencibles, sino porque el Cristo resucitado los sostenía en la misión.

La comunidad que nació en Pentecostés ahora estaba siendo forjada en el fuego de la prueba. Su generosidad fue probada con la mentira de Ananías y Safira. Su organización fue desafiada por las necesidades de las viudas. Su valentía fue medida frente al Sanedrín. Y en cada caso, el Espíritu Santo mostró que Él era suficiente.

Esteban se levantó como el primer gran mártir de la Iglesia naciente. Su discurso no fue una mera defensa legal; fue un sermón que recorrió toda la historia de la redención para señalar una verdad absolutamente incuestionable: Dios nunca fue contenido por estructuras humanas.

Lo que viene a continuación en Hechos será aún más intenso. Esteban pagará con su vida. La persecución dispersará a la Iglesia. Pero esa dispersión no será una derrota, sino una estrategia divina. El evangelio saldrá de Jerusalén para llegar a Judea, a Samaria y hasta lo último de la tierra, tal como lo había pedido Jesús.

La historia no ha terminado. El mismo Espíritu que hizo temblar aquella habitación sigue obrando. La pregunta que queda resonando es la misma que enfrentó aquella primera comunidad de cristianos: cuando el mundo presiona, ¿retrocedemos o avanzamos?



Los que se habían dispersado predicaban la palabra por dondequiera que iban.

Hechos 8:4 NVI

CAPÍTULO III

CUANDO LA IGLESIA SANGRA, EL EVANGELIO SE EXPANDE



En Hechos 7:51–60 hasta 8:26–40 la historia de la Iglesia primitiva alcanza su punto de quiebre. Lo que había comenzado como tensión con el poder religioso ahora se convierte en sangre derramada. El primer mártir cae. La persecución estalla. Los creyentes huyen de Jerusalén. Y, sin embargo, lo que parece el final de un movimiento es en realidad el inicio de su expansión más radical. Porque el Espíritu Santo no depende de condiciones favorables para cumplir sus propósitos.

El resumen anterior cerró con Esteban frente al Sanedrín, predicando un sermón que recorrió toda la historia de Israel para mostrar un patrón doloroso: el pueblo de Dios siempre resistió a sus enviados. Ahora Esteban lleva esa acusación hasta sus últimas consecuencias:

> *¡Tercos, duros de corazón y torpes de oídos!*
> *Ustedes son iguales que sus antepasados:*
> *¡Siempre resisten al Espíritu Santo!*
>
> **Hechos 7:51 - NVI.**

No hay diplomacia. Esteban no presenta un discurso equilibrado ni un diálogo reconciliador. Presenta una verdad que deja a todos incómodos. Los llama incircuncisos de corazón y de oídos. La reacción de ellos es inmediata. Rechinaban los dientes. La misma verdad que llena a Esteban de claridad, los llena a ellos de una profunda rabia. No es falta de información. Es resistencia activa contra Dios.

Pero entonces ocurre algo extraordinario. En medio de esa hostilidad, Lucas registra que Esteban,

lleno del Espíritu Santo, fija la mirada en el cielo y ve la gloria de Dios, y a Jesús de pie a la derecha del Padre. En todo el Nuevo Testamento, Cristo aparece sentado a la derecha de Dios. Aquí está de pie. Se levanta. Cristo no es espectador pasivo del sufrimiento de su testigo.

La visión no es un esfuerzo místico. Es fruto de la plenitud. Lleno del Espíritu, fijó la mirada, vio. La presión no crea carácter, lo revela. Aprieta una esponja y sale lo que absorbió. Lo que sale de Esteban bajo la presión máxima no es pánico ni resentimiento: es visión, confesión y perdón. Y eso no sale porque Esteban sea extraordinario, sale porque está lleno de alguien extraordinario.

La respuesta del Sanedrín es inhumana. Se tapan los oídos. Esteban los había acusado de incircuncisos de oídos y ellos cumplen la acusación en el mismo acto de rechazarla. Lo arrastran fuera de la ciudad y lo apedrean. En ese momento Lucas introduce un detalle que parece menor pero que cambiará la historia del mundo: los testigos dejaron su ropa a los pies de un joven llamado Saulo.

El paralelo con Jesús es deliberado. Jesús dijo: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.» Esteban dice: “Señor Jesús, recibe mi espíritu”. Jesús dijo: “Padre, perdónalos”. Esteban dice: “No les tomes en cuenta este pecado”. El Espíritu no hace que Esteban copie las acciones de Jesús. Porque el mismo Espíritu que llenó a Jesús llena a Esteban y produce el mismo fruto: entrega confiada y perdón. La cruz no solo salva, transforma. Y la palabra que Lucas usa para su muerte no es casual: se durmió. Un hombre destrozado a piedras no murió

bañado en sangre, se durmió. Porque su última imagen no fueron las piedras. Fue Jesús. De pie. Esperándolo.

La muerte de Esteban desata una persecución feroz. Saulo la encabeza. Entra casa por casa, arrastra a hombres y mujeres a la cárcel. Los creyentes se dispersan por Judea y Samaria. Pero la dispersión no silencia el evangelio. Lo multiplica.

> *Los que se habían dispersado predicaban la palabra por dondequiera que iban.*
>
> **Hechos 8:4 - NVI.**

No son los apóstoles quienes salen. Ellos se quedan en Jerusalén. Son creyentes comunes, sin título ni liderazgos confirmados, los que llevan el mensaje a nuevos territorios. La persecución que pretendía extinguir la llama termina esparciéndola.

Felipe, uno de los siete, llega a Samaria. Predica, sana, libera. La ciudad entera responde con alegría. Incluso Simón, un mago influyente, cree y se bautiza. Pero cuando Pedro y Juan llegan y el Espíritu se manifiesta, Simón ofrece dinero para obtener ese poder. Pedro lo reprende: *"No tienes arte ni parte en este asunto, porque no eres íntegro delante de Dios"* (Hechos 8:21 - NVI). La fe sin transformación interior sigue siendo transaccional.

Pero lo más sorprendente está por venir. En pleno éxito de Samaria, el Espíritu saca a Felipe del escenario. Un ángel le ordena ir al sur, por el camino del desierto que baja de Jerusalén a Gaza. Felipe no es sacado porque fracasó. Es sacado porque funcionó. La tentación es

consolidar lo que ya funciona. Proteger el modelo. Pero el Espíritu no busca consolidación, busca el siguiente paso.

En ese camino desierto viaja un hombre solo en un carruaje. Es el tesorero de Candace, reina de Etiopía. Tiene un rollo de Isaías, un objeto extraordinariamente costoso en el siglo I. Ha viajado a Jerusalén a adorar. Pero hay algo que lo define más que su rango: es eunuco. Y Deuteronomio 23:1 lo excluía explícitamente de la asamblea del pueblo de Dios. Cerca del centro. Nunca completamente adentro.

Está leyendo Isaías 53 en voz alta. No entiende. El Espíritu le dice a Felipe que se acerque al carro. Felipe corre, escucha, y pregunta: "¿Acaso entiende usted lo que está leyendo?" (Hechos 8:30 - NVI). El eunuco responde con honestidad: "¿Y cómo voy a entenderlo —contestó— si nadie me lo explica?" (Hechos 8:31 - NVI). Felipe no comienza con su propio discurso. Comienza desde la pregunta del otro.

> *A partir de ese pasaje, Felipe le anuncia las buenas nuevas acerca de Jesús. La Escritura como camino, no como destino. Entonces el eunuco ve agua y lanza la pregunta más conmovedora de todo el relato: "Mire usted, aquí hay agua. ¿Qué impide que yo sea bautizado?"*
>
> **Hechos 8:36 - NVI.**

No pregunta cómo. No pregunta el proceso. Pregunta si hay algo en él que lo descalifique. Algo en su cuerpo, en su historia, que lo saque del mapa de la

gracia. Y Felipe lo hace entrar al agua sin vacilar. Sin consulta. Sin comité. Sin llamada telefónica. El cuerpo que Deuteronomio había excluido, la gracia lo declara bautizable.

Después del bautismo, el Espíritu arrebata a Felipe. El eunuco no vuelve a verlo. Pero sigue su camino lleno de alegría. Solo. Sin comunidad visible. Sin seguimiento. Sin estructura. Lucas cierra el episodio ahí, sin ansiedad pastoral. El gozo es la única evidencia que ofrece, y le parece suficiente.

¿Qué nos revela esta sección? Que la muerte de un testigo fiel no detiene la misión, la multiplica. Que el Espíritu no opera exclusivamente dentro de las estructuras conocidas, sino que empuja hacia los bordes, hacia las personas que la religión institucional dejó fuera. ¿Estamos dispuestos a seguir al Espíritu cuando nos saca de la comodidad de lo que ya funciona?

1. La presión no crea carácter, lo revela. Si hoy llegara la peor presión que puedo imaginar, ¿qué saldría de mí? ¿Visión, confesión y perdón, o resentimiento, silencio y autodefensa?

2. Esteban no guardó silencio ante el tribunal que lo condenaba. ¿Hay un punto en mi vida donde el silencio prudente ya se convirtió en cobardía espiritual?

3. Felipe fue sacado de Samaria en pleno éxito para ir a un camino desierto. ¿Qué "Samaria exitosa" estoy abrazando más de la cuenta, resistiendo la dirección del Espíritu hacia algo nuevo?

4. El eunuco preguntó si había algo en él que lo descalificara de la gracia. ¿Hay personas en mi entorno, en mi comunidad, que sienten que algo en ellos no califica, y mi respuesta las confirma en esa exclusión?

5. La plenitud del Espíritu en Esteban no fue un evento de crisis, sino el resultado de una formación diaria. ¿Estoy siendo lleno hoy, o estoy esperando la emergencia para buscar lo que debería estar cultivando?

Conclusión

Hechos 7:51–8:40 narra el momento más oscuro y, al mismo tiempo, más luminoso de la Iglesia naciente. Un hombre lleno del Espíritu muere apedreado y lo que sale de él bajo la presión máxima es el carácter de Cristo: visión para ver al Señor, confesión para nombrarlo, perdón para soltar lo que la carne quiere retener.

La persecución que sigue a su muerte dispersa a los creyentes, pero cada creyente disperso se convierte en un predicador. El evangelio sale de Jerusalén no por un plan estratégico, sino por una expulsión violenta que el Espíritu transforma en misión. Felipe llega a Samaria y luego es enviado a un camino desierto donde un hombre excluido por la ley descubre que la gracia no tiene las mismas fronteras que la religión.

La narración es clara: de la muerte de Esteban en Jerusalén al bautismo del eunuco en el desierto, el Espíritu va abriendo el mapa. Cada puerta que el poder religioso cierra, la gracia la abre en otro lugar.

Lo que viene será aún más sorprendente. Aquel joven llamado Saulo, que cuidaba las ropas de los que apedreaban a Esteban, pronto tendrá su propio encuentro con el Cristo resucitado. La oración de Esteban, "Señor, no les tomes en cuenta este pecado", quizás fue escuchada de maneras que él nunca imaginó.

La historia no ha terminado. El mismo Espíritu que llenó a Esteban frente a las piedras y que envió a Felipe al desierto sigue obrando. Y la pregunta ya no es si la Iglesia sobrevivirá a la presión. La pregunta es si estamos dispuestos a sangrar para que el evangelio siga avanzando.



Ahora comprendo que en realidad para Dios no hay favoritismos, sino que en toda nación él ve con agrado a los que le temen y actúan con justicia.

Hechos 10:34–35 NVI

CAPÍTULO IV

CUANDO LA GRACIA CRUZA FRONTERAS, NADIE QUEDA FUERA



En Hechos 9:1–31 hasta 12:1–25 (NVI) el relato de Lucas da un giro que cambia para siempre el rostro de esta Iglesia. Lo que había comenzado como un movimiento exclusivamente judío ahora cruza fronteras étnicas, culturales y teológicas que nadie imaginaba. El perseguidor se convierte en apóstol. El gentil devoto recibe al Espíritu. Los refugiados fundan la comunidad más innovadora del primer siglo. Y el poder político que intenta destruir a la Iglesia termina destruyéndose a sí mismo.

El resumen anterior cerró con la Iglesia dispersa y un eunuco bautizado en el desierto. Ahora Lucas cierra el foco de la cámara en Saulo de Tarso. El mismo joven que cuidaba las ropas de quienes apedrearon a Esteban hasta la muerte. Saulo no estaba buscando a Dios. Iba camino a Damasco con cartas para arrestar cristianos. Pero una luz lo derriba y una voz lo confronta:

"Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?"
Hechos 9:4 - NVI

Jesús no le dice: ¿por qué persigues a mi Iglesia? Le dice: ¿por qué me persigues? Saulo queda ciego. Tres días sin ver, sin comer, sin beber. Y en esa oscuridad, Dios envía a Ananías, un discípulo común, para que le imponga las manos. Ananías tiene miedo. Sabe quién es Saulo. Pero obedece. El perseguidor es restaurado, se bautiza, y comienza a predicar que Jesús es el Hijo de Dios. La

gracia transformó al enemigo más peligroso de la Iglesia en su misionero más influyente.

Mientras Saulo crecía en Damasco, Pedro seguía en movimiento. En Lida sanó a Eneas, un paralítico que llevaba ocho años postrado: "Eneas, Jesucristo te sana. Levántate" (Hechos 9:34 - NVI). En Jope, Tabita, la única mujer llamada discípula en todo el Nuevo Testamento, había muerto. Pedro oró, y ella regresó a la vida. Los milagros en Hechos no existían para impresionar. Existían para orientar comunidades enteras hacia Dios.

Lucas añade un detalle que parece logístico, pero es teología pura. Pedro se quedó en Jope, en casa de un curtidor. Los curtidores eran permanentemente impuros según Levítico. Pedro ya estaba saliendo de su zona de pureza antes de la visión. Y Jope era el mismo puerto desde donde el profeta Jonás huyó cuando Dios le pidió ir a los de afuera. Pedro va a recibir el mismo llamado. La diferencia ahora está en la respuesta.

Mientras Pedro estaba en esa azotea, en Cesarea un centurión romano llamado Cornelio estaba orando. Devoto, temeroso de Dios, generoso. Un hombre que nunca tuvo las credenciales que el sistema religioso reconocía, pero cuya vida estaba orientada hacia Dios. Y a ese hombre, sin bautismo ni confesión formal, Dios le envió un ángel. Al hombre que estaba afuera. Dios ya estaba en la vida de Cornelio antes de que la Iglesia institucional llegara.

Pedro tiene una visión. Una sábana desciende del cielo con animales limpios e inmundos juntos. Una voz

le ordena comer. Pedro se resiste: "¡De ninguna manera, Señor! Jamás he comido nada impuro o inmundo" (Hechos 10:14 - NVI). No estaba siendo rebelde. Estaba siendo coherente con décadas de formación religiosa. Esta no es la historia de alguien malo que aprende a ser bueno. Es la historia de alguien profundamente fiel que descubre que su fidelidad se había convertido en un muro. Tres veces la visión. Tres veces la respuesta:

> "Lo que Dios ha purificado, tú no lo llames impuro"
>
> **Hechos 10:15 - NVI**

Pedro bajó las escaleras. Sin haber resuelto toda su teología. Fue a Cesarea, entró en la casa de un gentil y dijo: "Dios me ha hecho ver que a nadie debo llamar impuro o inmundo" (Hechos 10:28 - NVI). Mientras predicaba, el Espíritu Santo cayó sobre todos los que escuchaban. Los creyentes judíos quedaron asombrados. Pedro no tuvo opción: "¿Acaso puede alguien negar el agua para que sean bautizados estos que han recibido el Espíritu Santo lo mismo que nosotros? (Hechos 10:47 - NVI). La obediencia antecedió a la comprensión.

En Jerusalén, Pedro defendió lo sucedido ante los creyentes que lo cuestionaban. No argumentó desde la teología. Narró la acción del Espíritu. La respuesta fue asombrosa: "¡Así que también a los no judíos ha concedido Dios el arrepentimiento para vida!" (Hechos 11:18 - NVI). Dios estaba redefiniendo los límites históricos de su pueblo.

Los creyentes dispersos habían llegado hasta

Antioquía, la tercera ciudad del Imperio. Eran refugiados sin nombre, sin cargo, sin plan. Pero lo que llevaban no cabía adentro. Predicaron a Jesús como Señor, no solo a judíos, sino también a griegos. Y la mano del Señor estaba con ellos. Un gran número creyó. No fueron los apóstoles quienes fundaron Antioquía. Fueron anónimos que no pudieron callar lo que habían recibido.

Jerusalén envió a Bernabé. Llegó y vio la gracia de Dios. Se alegró y animó a todos a permanecer fieles al Señor. Buscó a Saulo en Tarso y juntos enseñaron durante un año. Fue allí donde a los discípulos se les llamó "cristianos" por primera vez (Hechos 11:26 - NVI). La ciudad no escogió esa palabra por accidente. La tuvo que inventar porque necesitaba nombrar lo que veían. Gente que se parecía a Cristo.

La prueba de fuego llegó cuando una profecía anunció hambre en Judea. La misma Judea que los había perseguido. La lógica humana decía: el problema es de ellos. Pero Antioquía abrió la mano. Cada discípulo dio según sus recursos. La Iglesia periférica envió ayuda a la Iglesia madre.

Pero el relato no termina en celebración. Hechos 12, abre con Herodes Agripa lanzando una nueva persecución. Manda ejecutar a Jacobo, hermano de Juan, con espada. Es el primer apóstol martirizado. Lucas lo registra en una sola línea, sin discurso final. La brevedad duele. Luego arresta a Pedro con intención de ejecutarlo. La Iglesia hace lo único que sabe hacer cuando todo se derrumba: orar.

> "Pero mientras mantenían a Pedro en la cárcel, la iglesia oraba constante y fervientemente a Dios por él".
>
> **Hechos 12:5 - NVI**

La noche antes de la ejecución, Pedro duerme encadenado entre dos soldados. Un ángel lo despierta, las cadenas caen, las puertas se abren. Camina libre hasta la casa donde la comunidad ora por él. Cuando Rode reconoce su voz, corre para avisarles, pero no le abre. Le dicen que está loca. La Iglesia ora por su liberación, y cuando Dios responde, no lo puede creer.

Herodes recibe el destino opuesto. En Cesarea, vestido con ropas reales, acepta la adoración de la multitud que le grita. Un ángel lo hiere porque no le dio la gloria a Dios (Hechos 12:23 – NVI) Lucas cierra el capítulo con un veredicto: *"Mientras tanto, la palabra del Señor seguía extendiéndose y multiplicándose"* (Hechos 12:24 - NVI).

¿Qué nos revela esta sección? Que nadie está fuera del alcance de la gracia. Que Dios se mueve antes de que la Iglesia llegue. Que la obediencia fiel muchas veces antecede a la comprensión teológica. ¿Estamos dispuestos a que Dios redibuje los límites de lo que consideramos nuestro pueblo?

1. Saulo estaba convencido de que servía a Dios mientras perseguía a la Iglesia. ¿Hay convicciones en mi vida que considero innegociables pero que podrían estar funcionando como muros contra la gracia?

2. Ananías obedeció a Dios a pesar de su miedo legítimo. ¿Hay algún paso de obediencia que el Espíritu me está pidiendo y que sigo postergando porque el riesgo me parece demasiado alto?

3. Pedro descubrió que su fidelidad a la tradición se había convertido en un obstáculo para la misión de Dios. ¿A quién he excluido de la gracia creyendo tener razones teológicas correctas?

4. Los anónimos de Antioquía predicaron sin cargo, sin plan y sin respaldo institucional. ¿Mi testimonio de Cristo depende de tener las condiciones ideales, o estoy dispuesto a hablar incluso desde la precariedad?

5. Antioquía envió ayuda a la misma Judea que los había perseguido. ¿Mi fe produce generosidad incluso hacia quienes me han herido?

Conclusión

Hechos 9:1–12:25 narra la transformación más profunda de la Iglesia primitiva. El descubrimiento de que la gracia de Dios no tiene las fronteras que la religión le asignó. Un perseguidor es convertido en apóstol. Un centurión romano recibe al Espíritu antes de recibir una lección de teología. Una ciudad pagana produce la comunidad que inventa la palabra cristiano.

El patrón de Lucas es consistente. El Espíritu precede a la institución. En Pentecostés, en Samaria, en Cornelio, en Antioquía, Dios actuó primero. La Iglesia lo confirmó después. No es Espíritu contra institución. Es Espíritu que forma un pueblo más amplio de lo que la institución imaginaba.

Herodes intentó destruir lo que Dios construía. Mató a un apóstol. Encarceló a otro. Pero la oración de la Iglesia resultó más poderosa que las cadenas de Roma. Pedro salió libre. Herodes murió. La Palabra siguió avanzando.

Lo que viene será la consecuencia natural de todo lo narrado. Desde Antioquía, Bernabé y Saulo serán

enviados en el primer viaje misionero. El evangelio cruzará el mar hacia territorios que ningún discípulo de Jerusalén habría imaginado.

La historia no ha terminado. El mismo Espíritu que derribó a Saulo en el camino, que abrió el cielo para Pedro en la azotea y que llenó de poder a los anónimos de Antioquía sigue moviéndose. La pregunta ya no es si la gracia puede cruzar fronteras. La pregunta es si estamos dispuestos a cruzarlas con ella.



Así nos lo ha mandado el Señor:
«Te he puesto por luz para las naciones,
a fin de que lleves mi salvación hasta los
confines de la tierra.»

Hechos 13:47 NVI

CAPÍTULO V

CUANDO EL EVANGELIO SE TRADUCE, EL MUNDO SE TRANSFORMA



En Hechos 13 hasta 16 (NVI) el evangelio sale de casa. Lo que había comenzado en Jerusalén, cruzado a Samaria y llegado a Antioquía, ahora cruza el mar. El primer viaje misionero formal de la Iglesia envía a Bernabé y a Saulo hacia territorios donde nadie ha predicado a Cristo. El mensaje se enfrenta a culturas que no tienen un vocabulario religiosos previo, y a debates internos que amenazan con dividir a la comunidad. Pero el Espíritu sigue dirigiendo. Y el evangelio, cuando se traduce al idioma del ese "otro", transformando todo lo que toca.

El resumen anterior cerró con la gracia cruzando fronteras: Saulo convertido, Cornelio bautizado, Antioquía fundada por anónimos y Herodes muerto mientras la Palabra seguía creciendo. Ahora, desde esa misma Antioquía, el Espíritu Santo toma la iniciativa. Mientras la comunidad adora y ayuna, el Espíritu dice: «Apártenme ahora a Bernabé y a Saulo para el trabajo al que los he llamado» (Hechos 13:2). La Iglesia no diseña la misión. La Iglesia obedece al Espíritu que la dirige.

El viaje comienza en Chipre, donde el procónsul Sergio Paulo cree tras ver cómo Pablo confronta al mago Elimas. Luego llegan a Antioquía de Pisidia. Pablo predica en la sinagoga el primer gran sermón misionero registrado por Lucas: recorre la historia de Israel y anuncia que la promesa se ha cumplido en Jesús, muerto y resucitado, ofreciendo perdón de pecados que la ley de Moisés nunca pudo dar. El sábado siguiente, casi toda la ciudad se reúne. Pero los judíos, llenos de celos, lo contradicen.

Pablo responde con una declaración que marca un punto de no retorno:

> *«Así nos lo ha mandado el Señor: 'Te he puesto por luz para las naciones, a fin de que lleves mi salvación hasta los confines de la tierra'»*
>
> **Hechos 13:47**

El rechazo de la sinagoga no detiene el evangelio. Lo redirige. Los gentiles escuchan con alegría, y la Palabra se difunde por toda la región. El patrón se repetirá: Pablo ofrece el mensaje primero a los judíos, y cuando lo rechazan, se vuelve hacia los gentiles. No porque Dios abandone a Israel, sino porque su salvación siempre fue para todas las naciones.

En Iconio, la ciudad se parte en dos. Algunos creen y otros quieren apedrearlos. El evangelio, aun predicado en el idioma correcto, provoca división. El rechazo no lo produce la forma del mensaje. Lo produce el contenido. Un Cristo que reclama lealtad última siempre incomoda a quienes tienen lealtades previas que no están dispuestos a soltar ¿Qué piensas sobre esto?

Pero lo más revelador ocurre en Listra. Ciudad pequeña, sin sinagoga, sin comunidad judía. La gente habla licaonio. Pablo no tiene texto compartido ni vocabulario religioso conocido. Sana a un hombre que nunca ha caminado, y la multitud grita: «¡Los dioses han tomado forma humana!» (Hechos 14:11). Quieren ofrecer sacrificios a Zeus y Hermes. Pablo se rasga la ropa, corre hacia ellos, y traduce el evangelio al único idioma que esa audiencia tiene disponible.

No cita a Moisés. No menciona a Abraham. Habla del Dios que hizo el cielo, la tierra y el mar. Y entonces dice algo que lo cambia todo: «Sin embargo, no ha dejado de dar testimonio de sí mismo haciendo el bien, dándoles lluvias del cielo y estaciones fructíferas, proporcionándoles comida y alegría de corazón» (Hechos 14:17). Dios no llegó a Listra con Pablo. Llevaba generaciones allí. En cada lluvia, en cada cosecha, en cada alegría. El misionero no introduce a Dios. Siempre llega tarde a una conversación que Dios inició hace mucho. Esto debe hacernos pensar si nuestra forma de evangelizar es colonizadora o de reconocimiento.

Pero la traducción fiel tiene costo. Unos judíos llegan de Antioquía e Iconio, cambian el ánimo de la multitud, y apedrean a Pablo. Lo arrastran fuera de la ciudad, creyéndolo muerto. Pero al día siguiente se levanta y continúa. No hay heroísmo. Hay vocación. Pablo y Bernabé regresan por cada ciudad que visitaron, fortaleciendo a los discípulos y nombrándoles líderes locales. Les dicen con honestidad: «Es necesario pasar por muchas dificultades para entrar en el reino de Dios» (Hechos 14:22).

El primer viaje misionero termina, pero el desafío mayor está por venir. Algunos creyentes de Judea llegan a Antioquía con una exigencia que amenaza la unidad de la Iglesia: «A menos que ustedes se circunciden conforme a la tradición de Moisés, no pueden ser salvos» (Hechos 15:1). La pregunta de fondo es enorme: ¿necesita un gentil hacerse judío para ser cristiano? ¿La gracia es suficiente, o hay que añadirle algo?... ¿cómo actualizarías estas interrogantes hoy en día?

El concilio de Jerusalén se reúne. Pedro recuerda a Cornelio. Pablo y Bernabé cuentan lo que el Espíritu hizo entre los gentiles. Santiago cita al profeta Amós y propone una solución que protege la libertad de los gentiles y la convivencia con los creyentes judíos. La conclusión: la salvación es por gracia, no por obras de la ley. Pedro lo dice sin rodeos: «Creemos que somos salvos por la gracia de nuestro Señor Jesús» (Hechos 15:11). Una carta es enviada a las Iglesias gentiles. La primera gran crisis teológica se resuelve, no añadiendo requisitos, sino dando libertad.

Después del concilio, Pablo y Bernabé se separan por un desacuerdo sobre Juan Marcos. La ruptura duele, pero Dios la usa: ahora hay dos equipos misioneros. Pablo elige a Silas, parte hacia Asia Menor y encuentra a Timoteo en Listra. Pero el Espíritu les impide predicar en Asia y en Bitinia. Hasta que en Troas Pablo tiene una visión: un hombre de Macedonia le ruega que cruce el mar. El evangelio está a punto de llegar a Europa.

En Filipos, la primera conversión es Lidia, una vendedora de púrpura, temerosa de Dios. El Señor le abre el corazón. Luego Pablo libera a una muchacha esclava explotada por un espíritu de adivinación. Eso le cuesta la cárcel. A medianoche, encadenados, Pablo y Silas cantan himnos. Un terremoto sacude los cimientos. Las puertas se abren. El carcelero, creyendo que los presos escaparon, está a punto de quitarse la vida. Pablo le grita: *«¡No te hagas ningún daño! ¡Todos estamos aquí!»* (Hechos 16:28). El carcelero pregunta: «¿Qué tengo que hacer para ser salvo?» La respuesta:

«Cree en el Señor Jesús; así tú y tu familia serán salvos»

Hechos 16:31

¿Qué nos revela esta sección? Que el evangelio no pertenece a una sola cultura ni a un solo idioma. Que Dios ya estaba presente en cada ciudad antes de que el misionero llegara. Que la salvación es por gracia, no por requisitos religiosos. Y que el Espíritu dirige la misión incluso cuando cierra puertas para abrir otras. ¿Estamos dispuestos a traducir el evangelio al idioma de nuestra ciudad?

1. Pablo tradujo el evangelio en Listra sin citar el Antiguo Testamento, usando el único idioma que su audiencia tenía disponible. ¿Estoy comunicando mi fe en un lenguaje que mi entorno puede entender, o sigo hablando en una clave que solo los de adentro descifran?

2. El concilio de Jerusalén resolvió que la salvación es por gracia, no por cumplimiento de la ley. ¿Hay requisitos culturales o religiosos que estoy añadiendo al evangelio como condición para aceptar a otros?

3. El Espíritu impidió a Pablo ir a Asia y a Bitinia para redirigirlo a Macedonia. ¿Hay puertas cerradas en mi vida que todavía no entiendo, pero que podrían ser la redirección del Espíritu hacia algo que no esperaba?

4. En Filipos, el evangelio alcanzó a una empresaria, a una esclava y a un carcelero. ¿Mi visión de a quién puede alcanzar la gracia es tan amplia como la del Espíritu, o la he reducido a un perfil específico?

5. Pablo dijo que es necesario pasar por muchas dificultades para entrar en el reino de Dios. ¿Mi fe está preparada para el costo del camino, o sigo esperando un evangelio sin fricción?

Conclusión

Hechos 13–16 narra el momento en que la Iglesia deja de ser un movimiento local y se convierte en una misión global. El evangelio cruza el mar, aprende nuevos idiomas, enfrenta la persecución, y resuelve su primera gran crisis teológica sin añadir requisitos a la gracia. Cada ciudad visitada confirmó lo mismo: Dios ya estaba allí antes de que el misionero/el cristiano llegara.

La traducción del evangelio no es debilitar su contenido. Es encarnarlo en el idioma del otro, como Dios lo hizo cuando el Verbo se hizo carne. Pablo no abandonó el núcleo del mensaje en Listra. Lo tradujo. Y esa traducción fiel le costó piedras, cárceles y cicatrices. Pero también produjo Iglesias, líderes y comunidades que sobrevivieron durante siglos.

Lo que viene ampliará el mapa aún más. Pablo llegará a Atenas, a Corinto, a Éfeso. El evangelio seguirá traduciéndose. Y la pregunta seguirá siendo la misma que enfrentó Antioquía cuando el Espíritu le pidió soltar a sus mejores líderes: ¿estamos dispuestos a enviar lo mejor que tenemos para que el evangelio llegue donde aún no ha llegado?

La historia no ha terminado. El mismo Espíritu que envió a Pablo y Bernabé desde Antioquía, que tradujo el evangelio en Listra, que abrió el corazón de Lidia y sacudió los cimientos de una cárcel en Filipos sigue obrando. Un evangelio que no se traduce es un evangelio que no llega. La pregunta es si estamos dispuestos a aprender el idioma de nuestra ciudad, el idioma de la gente.



El Dios que hizo el mundo y todo lo que hay en él es Señor del cielo y de la tierra... En verdad, él no está lejos de ninguno de nosotros.

Hechos 17:24, 27 NVI

CAPÍTULO VI

EL EVANGELIO SIGUE EN MOVIMIENTO



En Hechos 17:1 hasta 20:38 el evangelio deja de ser noticia de frontera y se convierte en conversación urbana. Tesalónica, Berea, Atenas, Corinto, Éfeso, Mileto. El mensaje ya no solo cruza el mar, entra al foro, a la plaza, al taller de plateros, al tribunal. Y descubre que la oposición cambia de rostro según el lugar. A veces es política, a veces intelectual, a veces es de la calle. Pero al final, la advertencia más seria ya no apunta hacia afuera, sino hacia adentro de la propia comunidad de creyentes.
El relato anterior cierra con el evangelio llegando a Europa. Ahora Pablo y Silas siguen hacia Tesalónica. Tres sábados en la sinagoga demostrando que el Mesías tenía que morir y resucitar. Algunos creen. Otros arrastran a Jasón ante las autoridades con una acusación que es, sin querer, una confesión teológica:

> *«¡Estos que han trastornado el mundo entero han venido también acá y Jasón los ha recibido en su casa! Todos ellos actúan en contra de los decretos del césar, afirmando que hay otro rey, uno que se llama Jesús».*
>
> **Hechos 17:6-7**

La acusación es política porque el evangelio también lo es. Pero no en nuestra clave partidista, sino en su alcance: si Jesús es Señor, el César no lo es. Los "enemigos" entendieron lo que estaba en juego mejor que muchos creyentes.

En Berea la reacción fue distinta. Reciben el mensaje con entusiasmo, pero examinan las Escrituras

cada día para comprobar si era verdad. Lucas los llama nobles. Nobleza no es creer rápido ni desconfiar de todo: es abrir el corazón y verificar el texto al mismo tiempo.

Entonces Pablo llega a Atenas y le duele en el alma ver la ciudad llena de ídolos. No denuncia desde la distancia, más bien camina, observa, conversa a diario en la plaza. Atenas era el centro intelectual del mundo antiguo y también el más saturado de dioses fabricados por la misma mano humana que decía necesitarlos.

Los filósofos lo llevan al Areópago. Y ahí Pablo hace algo que sigue siendo un modelo incómodo. No empieza atacando ni quitándoles sus creencias, empieza conectando con las personas. Cita el altar «A UN DIOS DESCONOCIDO», cita a los poetas de ellos, y anuncia:

> *«Por el contrario, él es quien da a todos la vida, el aliento y todas las cosas... Esto lo hizo Dios para que todos lo busquen y, aunque sea a tientas, lo encuentren. En verdad, él no está lejos de ninguno de nosotros» .*
>
> **Hechos 17:25,27**

Es el mismo patrón de Listra, un poco más refinado. Nuevamente vemos que Dios no llegó a Atenas con Pablo, ya estaba ahí, en la búsqueda a tientas de una ciudad que adoraba sin saber a quién. Ese altar es el símbolo más honesto del vacío humano que sigue presente. Hoy no adoramos estatuas (mayoritariamente), pero los ídolos siguen vigentes: el materialismo, el éxito, la fama, el hedonismo.

Pero no se queda en el elogio cultural. Termina hablando de arrepentimiento, juicio y resurrección. Y ahí se acaba la cortesía. Unos se burlan, otros lo posponen, algunos creen. Atenas no produjo un gran avivamiento, produjo a Dionisio, a Dámaris y a unos pocos más sin nombre. La fidelidad no siempre se mide en números abultados ¿o crees que sí son necesarios?

De Atenas a Corinto. Ciudad portuaria, mezclada, con gente que llega y se va. Pablo llega solo, sin Iglesia visible que mostrar, y lo primero que hace no es levantar un templo, es trabajar haciendo tiendas. Cuando la sinagoga se cierra, se muda a la casa de Ticio Justo, pared con pared con ella. No abandona la ciudad, simplemente cambia de método. La retirada honesta no siempre es abandono; a veces es el modo en que Dios redirige.

Y entonces, de noche, donde el cansancio y el miedo ya pesaban, el Señor le habla, lo expone y anima:

> *«No tengas miedo; sigue hablando y no te calles, pues estoy contigo. Aunque te ataquen, no voy a dejar que nadie te haga daño, porque tengo mucha gente en esta ciudad» .*
>
> **Hechos 18:9-10**

Dos cosas enormes en una frase:

- Primero: la orden asume el miedo. Dios no dice «sé más valiente», dice «continúa». Se puede tener miedo y ser fiel; se puede estar exhausto y estar exactamente donde Dios te quiere.
- Segundo: Dios llama pueblo suyo a gente de

Corinto que todavía no cree. Habla antes del fruto, no después.

Y cuando llega el ataque judío, la protección aparece en el lugar menos espiritual posible. Galión, el procónsul romano, desestima la acusación y los echa del tribunal. No ora, no se convierte, probablemente ni le interesa. Y su fallo protege el progreso de la predicación. Vemos que Dios también trabaja fuera de la Iglesia para el bien de la Iglesia, aunque eso incomode a algunos.

En Éfeso, Lucas dedica un capítulo a tres maneras distintas de encontrarse con Cristo. Primero, unos doce discípulos que ni siquiera habían oído que existe el Espíritu Santo. No eran malos creyentes, estaban en camino, como un vaso que aún se está llenando. Pablo no los descalifica, los completa.

Después, los siete hijos de Esceva. Usaban el nombre de Jesús como fórmula, como amuleto, sin conocerlo. Y el espíritu maligno responde con la pregunta más aterradora del libro:

> *«Conozco a Jesús y sé quién es Pablo, pero ustedes, ¿quiénes son?».*
>
> **Hechos 19:15**

Es fácil actuar como cristiano, cualquiera puede ser amable y presentable. Lo costoso es declararse públicamente uno. Vivimos la fe en privado no por hipocresía, sino por miedo al precio social de nombrarla. Es curioso, la tendencia política y el equipo de fútbol sí los declaramos. En Éfeso confesaron en público y

quemaron libros por cincuenta mil monedas de plata. El arrepentimiento verdadero llega a tocar el patrimonio.

Y tercero, Demetrio. El platero que no discute teología defiende su negocio. La ciudad grita dos horas por Artemisa sin que muchos supieran para qué estaban ahí. Es el retrato más actual del texto, la causa noble que en realidad protege un interés. Frente a Demetrio nos declaramos inocentes muy rápido. Pero la pregunta incomoda al aterrizarla: ¿Dios o mi estilo de vida? ¿Dios o mi comodidad?

Antes de la despedida, Eutico cae del tercer piso durante un sermón largo y muere; Pablo se tiende sobre él y la vida vuelve. Lucas dice que la comunidad quedó grandemente consolada. El verbo comparte raíz con Paráclito: no los consoló Pablo, los consoló el Consolador, el mismo Espíritu Santo.

En Mileto, Pablo reúne a los ancianos de Éfeso. No apela a su cargo: apela a tres años que ellos ya vieron. Humildad, lágrimas, casa por casa. Un liderazgo que pide confianza sin haberla ganado con presencia real invierte el orden que este texto exige. Y entrega el mandato:

> *«Tengan cuidado de sí mismos y de todo el rebaño sobre el cual el Espíritu Santo los ha puesto como obispos para pastorear la iglesia de Dios, que él adquirió con su propia sangre».*
> (Hechos 20:28)

El orden importa. Primero de ustedes mismos, después del rebaño. Y la razón por la que ningún líder

puede tratar la Iglesia como propiedad personal no es organizacional, la cruz ya fijó el precio y el dueño. Estos ancianos venían de la ciudad de Artemisa, donde se pagaba por acercarse a lo divino. Aquí es al revés, esta Iglesia no paga por Dios, porque ya fue comprada por Él.

Pablo advierte en dos frentes: lobos de afuera y hombres que se levantarán de entre ustedes mismos. La Iglesia parece estar más entrenada para vigilar la amenaza externa, la cultura, lo de allá afuera. El texto pide invertir esa vigilancia sin abandonarla. Al despedirse de Éfeso no deja un sucesor, deja algo mucho más grande. Los encomienda a Dios y al mensaje de su gracia, igual que Jesús, que no dejó un reemplazante humano sino al Espíritu.

Tres o cuatro décadas después, esa misma Iglesia recibe una carta, pero ahora de Jesús. Examinó a los falsos apóstoles, perseveró… y abandonó su primer amor (Apocalipsis 2:2-4). Hizo exactamente lo que Pablo pidió y no bastó. Lo que la erosionó no fue la doctrina torcida que supo identificar, sino el amor que dejó enfriar mientras vigilaba el corazón de los demás. Se puede ganar el examen y perder igual.

Los bereanos creyeron con entusiasmo y examinaron las Escrituras con rigor. ¿Mi fe es crédula, cínica, o realmente noble?

Pablo reconoció en Atenas lo que la ciudad ya buscaba antes de corregir lo que le faltaba. ¿Qué ídolos actuales, éxito, comodidad, imagen, he normalizado en mi entorno sin siquiera nombrarlos?

A Pablo, cansado y con miedo, Dios no le dijo ten éxito, sino sigue hablando y no te calles. ¿Dónde necesito escuchar hoy esa orden, justo antes de rendirme?

Galión no era la señal que Pablo esperaba, y fue la confirmación que Dios había prometido. ¿Qué respuesta de Dios ya llegó a mi vida y no la reconocí porque esperaba otra?

El espíritu preguntó a los hijos de Esceva: ustedes, ¿quiénes son? Si me hicieran esa pregunta hoy, ¿mi respuesta vendría de una relación real o de una fórmula heredada?

Éfeso venció a los lobos y perdió el primer amor. ¿Hace cuánto que no me hago un autoexamen, ocupado como estoy en examinar a otros?

Conclusión

Hechos 17–20 narra el momento en que el evangelio se instala en las grandes ciudades del Imperio. En Tesalónica la oposición es política. En Atenas, intelectual. En Corinto, el desgaste. En Éfeso, económica. En Mileto, la advertencia ya no apunta hacia afuera.

El patrón de Lucas se mantiene. Dios ya estaba en cada ciudad antes de que el misionero llegara, en el altar al Dios desconocido, en el pueblo que tenía en Corinto sin que nadie lo supiera, incluso en un procónsul indiferente. La tarea del creyente no es introducir a Dios en un territorio vacío, sino nombrar (reconocer) al que ya está obrando allí.

Pero esta sección agrega algo que las anteriores no dijeron con tanta fuerza. El peligro más serio no está en Roma ni en Artemisa ni en la filosofía griega. Está en tener la doctrina intacta y el corazón frío. Pablo lo intuyó en Mileto; Apocalipsis lo confirmó en Éfeso.

Los siguientes capítulos llevarán a Pablo a Jerusalén, a las cadenas y finalmente a Roma. El evangelio seguirá avanzando, ahora desde la prisión. Pero antes queda esta pregunta, dicha de rodillas en una playa: si la Iglesia no es nuestra, sino de Aquel que la compró con su propia sangre, ¿por qué la tratamos tantas veces como si fuera nuestra?

Aun no quedan hechos del Espíritu. Del mismo Espíritu que abrió el corazón en Berea, que sostuvo a un misionero con miedo en Corinto y que sacudió la trasferencia de autoridad en Éfeso sigue obrando. Ya vemos que el evangelio puede confrontar la ciudad con su verdad, la exhortación que está vigente, es si estamos dispuestos a que también nos confronte a nosotros.



A la noche siguiente, el Señor se apareció a Pablo y le dijo: «¡Ánimo! Así como has dado testimonio de mí en Jerusalén, es necesario que lo des también en Roma.

Hechos 23:11 (NVI)

CAPÍTULO VII

ENCADENADO, PERO NO SILENCIADO



En Hechos 21 hasta 24, el relato cambia de ritmo. Hasta aquí el evangelio avanzaba hacia afuera: cruzaba el mar, aprendía idiomas nuevos, se instalaba en ciudades enteras. Ahora el movimiento se invierte. Pablo deja de moverse hacia las naciones y empieza a moverse hacia adentro: hacia Jerusalén, hacia el tribunal, hacia la celda. El mensajero que antes recorría el Imperio libre termina estos cuatro capítulos encadenado. Pero el mensaje que lleva, no.

En los capítulos anteriores no encontramos con Pablo despidiéndose de los ancianos de Éfeso en una playa, advirtiéndoles sobre lobos y sobre sí mismos. Ahora ese mismo Pablo sube a Jerusalén sabiendo, según ya había confesado, que le esperan prisiones y sufrimientos (Hechos 20:23). En Tiro encuentra discípulos y se queda con ellos una semana (Hechos 21:4). No es una mera escala técnica, es tiempo de comunidad que lo sostendrá antes de la tormenta. En Cesarea baja el profeta Ágabo, toma el cinturón de Pablo, se ata de pies y manos, y anuncia lo que vendrá (Hechos 21:10-11). Todas las personas lloran y le ruegan que no suba. Pablo no cede al miedo ajeno ni al propio: *"Como no se dejaba convencer, desistimos, exclamando: —¡Que se haga la voluntad del Señor!" (Hechos 21:14).* Esa frase no es una simple resignación. Es la expresión de libertad de quien ya decidió a quién pertenece su vida.

En Jerusalén, Santiago y los ancianos reciben a Pablo con alegría, pero también con una preocupación real. Circulan rumores de que enseña a los judíos de la diáspora a abandonar las enseñanzas de Moisés. Le proponen acompañar a cuatro hombres en un voto y pagar

sus gastos, para demostrar en público que la acusación es falsa. Pablo acepta. No porque necesite la Ley para ser salvo, sino porque es lo bastante libre en Cristo para ceder en lo secundario sin ceder el evangelio. La libertad cristiana, aquí, no se mide por lo que uno se niega a soltar, sino por lo que puede soltar sin perder lo esencial.

El gesto no compra la paz. Unos judíos de Asia lo ven en el templo, gritan que ha profanado el lugar santo trayendo a un gentil, y en minutos toda la ciudad se alborota. Lo sacan arrastrándolo dispuestos a matarlo, hasta que interviene un comandante romano con soldados. Pablo, encadenado, pide hablar. Le conceden el permiso, y cuenta su historia: quién era antes de Damasco, cómo perseguía a muerte a los seguidores de este Camino, cómo el Señor mismo lo detuvo en el camino, y cómo en el templo, orando, recibió la orden: *"Pero el Señor me respondió: Vete; yo te enviaré lejos, a los no judíos". (Hechos 22:21).* La multitud lo escucha en silencio hasta esa palabra, "Gentiles". Lo que rompe la paciencia y vuelve el grito de muerte. Es fácil tolerar el testimonio de un converso mientras hable de su propio pasado. Lo que no se tolera es que ese testimonio incluya a quien antes no tenía lugar en la mesa.

El comandante ordena azotarlo para sacarle la verdad a golpes. En ese momento Pablo menciona su ciudadanía romana. La orden se detiene en seco. Al día siguiente lo llevan ante el Sanedrín. Ananías, el sumo sacerdote, manda golpearlo en la boca sin que haya dicho fuera de lugar. Pablo lo llama pared blanqueada: limpia por fuera, corrupta por dentro. Después hace algo que puede leerse como estrategia o simplemente

como honestidad: sabiendo que la sala está dividida entre fariseos y saduceos, declara que se le juzga por su esperanza en la resurrección. El tribunal, convocado para juzgar a un hombre, termina discutiendo entre sí sobre si existe o no la resurrección de los muertos. El comandante, otra vez, tiene que sacarlo por la fuerza antes de que lo hagan pedazos. (Hechos 23:10).

Y esa misma noche, en la celda, sin audiencia ni escenografía, ocurre lo que sostiene el resto del libro: "A la noche siguiente, el Señor se apareció a Pablo y le dijo: ¡Ánimo! Así como has dado testimonio de mí en Jerusalén, es necesario que lo des también en Roma" (Hechos 23:11). No es una promesa de rescate. Es la certeza de que la misión sigue en pie, aunque el cuerpo esté preso. Cristo no le dice a Pablo cuándo saldrá; le dice que a pesar de su presente llegará a destino.

Al día siguiente, más de cuarenta hombres juran no comer ni beber hasta matarlo. El sobrino de Pablo, sin protagonismo ni discurso, se entera y avisa. Eso basta. El comandante Lisias moviliza cerca de cuatrocientos setenta soldados de noche para trasladar a un solo prisionero a Cesarea, y escribe una carta al gobernador Félix, admitiendo lo que descubrió: "no había contra él cargo alguno que mereciera la muerte o la cárcel" (Hechos 23:29). La providencia de Dios, otra vez se hacía presente. En Cesarea empieza el juicio político. El abogado Tértulo abre con adulación hacia Félix y acusa a Pablo de ser una plaga, cabecilla de la secta de los nazarenos, profanador del templo. Pablo responde con calma y precisión, y en medio de su defensa hace una confesión: *"Esto sí confieso: que adoro al Dios de nuestros antepasados*

siguiendo este Camino que mis acusadores llaman secta [...] Tengo en Dios la misma esperanza que estos hombres profesan, de que habrá una resurrección de los justos y de los injustos" (Hechos 24:14-15). La resurrección no es un tema marginal para Pablo. Es el suelo bajo sus pies. Si no hay resurrección, mejor comamos y bebamos, porque nada de esto tendría sentido, ni el voto en el templo, ni el cinturón de Ágabo, ni la celda, ni el viaje a Roma.

Félix conoce bastante del Camino y aplaza el caso. Semanas después llama a Pablo con su esposa Drusila para escucharlo hablar de la fe en Cristo. Pablo no suaviza el mensaje para la ocasión. Habla de justicia, dominio propio y el juicio venidero. *"Félix tuvo miedo y dijo: ¡Basta por ahora! Puedes retirarte. Cuando sea oportuno te mandaré llamar otra vez" (Hechos 24:25).* El texto es honesto sobre el motivo real del aplazamiento: Félix espera un soborno. Llama a Pablo con frecuencia, conversa con él, pero nunca decide. Pasan dos años así. Félix es sucedido por Porcio Festo, y por quedar bien con los judíos, deja preso a un hombre que ya sabía inocente.

Ningún tribunal en estos capítulos hace justicia real. El Sanedrín golpea antes de escuchar. Los cuarenta juran matar sin proceso. Félix conoce la verdad y la posterga por conveniencia. Y, sin embargo, el evangelio no depende de que esas instituciones funcionen bien. Depende de que Cristo siga presente cuando ellas fallan. Esa es, quizás, la lección más incómoda de esta sección. Nuestra esperanza no puede descansar en que el poder religioso o el poder político hagan lo correcto. Ningún político va a traer el reino de Dios a la tierra. Esa tarea le fue confiada a la Iglesia.

Pablo cedió en un asunto secundario, el voto en el templo, para no dar motivo de división, sin ceder el evangelio. ¿Sé distinguir en mi propia vida qué es evangelio y qué es simplemente mi manera de hacer las cosas?

La multitud toleró el testimonio de Pablo hasta que mencionó a los gentiles. ¿Hay algún grupo de personas cuya inclusión en la gracia de Dios todavía me incomoda escuchar?

Cristo se le apareció a Pablo en la celda, de noche, sin resolver aún su situación legal. ¿Espero que Dios me hable solo cuando ya salí del problema, o puedo reconocer su palabra en medio de él?

El sobrino de Pablo, sin cargo ni protagonismo, evitó un asesinato con una sola frase dicha a tiempo. ¿Estoy dispuesto a ser ese tipo de agente ordinario de la providencia de Dios, aunque nadie recuerde mi nombre?

Félix conoció la verdad, sintió temor, y aun así postergó la decisión por conveniencia durante dos años. ¿Qué verdad de Dios he escuchado con claridad y sigo aplazando porque decidir me costaría algo?

Pablo edificó toda su defensa sobre la esperanza de la resurrección, no sobre su inocencia legal. ¿Mi propia fe descansa sobre esa misma esperanza, o depende de que las cosas me salgan bien en esta vida?

Conclusión

Hechos capítulos 21 al 24 narra el tramo del libro donde el evangelio deja de expandirse geográficamente y empieza a resistir institucionalmente. Pablo entra a Jerusalén libre y sale de estos capítulos prisionero de Roma, pero ni una sola vez el texto lo presenta como una víctima de la historia. Cada tribunal, cada motín, cada aplazamiento sirve, sin saberlo, al mismo propósito que Cristo anunció en la celda, que Pablo testificara en Roma.

El patrón que Lucas ha venido narrando desde Antioquía se confirma aquí de la manera más dura. Dios no necesita instituciones sanas para cumplir sus Palabras. Las usa cuando funcionan y las rodea cuando fallan. Un comandante pagano, un sobrino sin nombre, una carta escrita a medias. Todos terminan sirviendo al mismo destino, sin que ninguno de ellos lo busque.

Lo que sostiene a Pablo en la celda no es la certeza de que el sistema judicial romano vaya a hacer justicia. Es la certeza de que Cristo ya habló, y que ninguna sala de tribunal, ninguna oferta de soborno, ningún aplazamiento humano puede cancelar lo que Él ya dijo. Ese es el mismo suelo que sostiene la esperanza cristiana hoy, no la

promesa de que los poderes de este mundo funcionen bien, sino la certeza de que hay una resurrección de los justos y de los injustos, y que todos, tarde o temprano, compareceremos ante el único Juez que sí juzga con justicia.

Lo que viene ampliará aún más el escenario. Pablo apelará al César, comparecerá ante el rey Agripa, naufragará camino a Roma y llegará finalmente a la ciudad que Cristo le prometió en la celda de Jerusalén. La historia no ha terminado. La pregunta que deja esta sección, dicha desde una celda y no desde un púlpito, sigue vigente: si Cristo ya prometió que llegarás a donde Él dijo, ¿por qué sigues actuando como si el veredicto dependiera de una acción humana?



Predicaba el reino de Dios y enseñaba acerca del Señor Jesucristo sin impedimento y sin temor alguno.

Hechos 28:31 (NVI)

CAPÍTULO VIII

UN LIBRO SIN PUNTO FINAL



Los libros suelen terminar cuando la trama se resuelve. Hechos no. En los capítulos 25 al 28, Lucas lleva a Pablo por un tribunal, la sala de un rey, una tormenta, un naufragio, una víbora y una ciudad que nunca había pisado, y lo deja justo donde un lector impaciente no querría dejarlo: preso, en una casa alquilada, esperando ese "algo". No hay veredicto, ni liberación, ni martirio. La última frase del libro no habla de Pablo. Habla del evangelio, que avanza sin que nadie logre detenerlo.

El resumen anterior terminó en Cesarea, con un gobernador que sabía la verdad y la dejó retenido dos años. Ahora llega Festo y hereda el expediente del prisionero. Los dirigentes judíos le piden que traslade a Pablo a Jerusalén, y Lucas deja ver esa intención. Tenderle una emboscada en el camino (Hechos 25:2-3). Cambió el gobernador, pero no el plan. Festo propone juzgarlo allá, y Pablo responde con la jugada que cambia el mapa: apela al César (Hechos 25:9-12). Dice con serenidad que, si ha hecho algo digno de muerte, no se niega a morir. Eso lo dice quién sabe de quién es su vida. Y esa apelación legal abre, sin que nadie lo planee, el único camino por el que se cumplirá lo que Cristo le dijo en la celda: *"es necesario que lo des también en Roma".*

El rey Agripa y Berenice llegan de visita, y Festo, que no sabe qué escribirle al emperador sobre este preso, les cuenta el caso. Festo no es creyente, confiesa que no sabía cómo investigar esas cuestiones religiosas, y aun así resume el cristianismo con una exactitud sorprendente:
Más bien, tenían contra él algunas cuestiones tocantes a su propia religión y sobre un tal Jesús, ya muerto, que Pablo sostiene que está vivo. (Hechos 25:19).

Toda la fe en una frase. Un muerto que, según Pablo, está vivo. ¿De dónde la sacó Festo? No leyó una carta de Pablo ni escuchó un sermón suyo. Tuvo una audiencia, y vio a un hombre encadenado que no se defendía. ¿Lo logras ver? Antes de leer tu Biblia, la gente te lee a ti. Y Agripa, que tiene todo lo que Pablo no tiene, dice: *"A mí también me gustaría oír a ese hombre"* (Hechos 25:22).

Y Pablo habla. El capítulo 26 es la defensa menos defensiva del libro. Pablo cuenta su pasado de fariseo y confiesa su error: *"Pues bien, yo mismo estaba convencido de que debía hacer todo lo posible por combatir el nombre de Jesús de Nazaret."* (Hechos 26:9). Estaba convencido, era sincero y estaba equivocado. La sinceridad no es prueba de la verdad.

Luego viene Damasco. Cristo lo confronta, le revela quién es y lo envía. La voz dice: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? ¡Solo te haces daño a ti mismo!" (Hechos 26:14). Cristo no destruye la historia religiosa de Pablo, la lleva a su verdadero centro. Y la conversión no termina en una experiencia para ser contada en una fogata, termina en un envío. Pablo lo resume así: *"Así que, rey Agripa, no fui desobediente a esa visión celestial".* (Hechos 26:19). La pregunta central para nosotros es, ¿quién gobierna tu vida desde entonces?

Festo interrumpe a gritos: "¡Estás loco, Pablo! —le gritó—. El mucho estudio te ha hecho perder la cabeza". (Hechos 26:24). Pablo contesta con cortesía: *"No estoy loco, excelentísimo Festo [...] Lo que digo es cierto y sensate"* (Hechos 26:25). Agripa queda a medio camino: «Un poco más y me convences de hacerme cristiano»

(Hechos 26:28). Pablo no consigue la conversión del rey, pero cumple lo que le correspondía, obedecer. La fidelidad se mide por la obediencia al mensaje recibido, no por los resultados. Y el encadenado expresa el deseo más extraño del libro: *"... pido a Dios que no solo usted, sino también todos los que me están escuchando hoy lleguen a ser como yo, aunque sin estas cadenas"* (Hechos 26:29). Agripa admite después que podría ser libre si no hubiera apelado al César (Hechos 26:32). Ironía completa: la apelación que lo retiene es la que lo lleva directo a Roma.

Pablo embarca hacia Italia custodiado por un centurión y advierte que el viaje será un desastre (Hechos 27:10). Pero nadie lo escucha: *"el centurión, en vez de hacerle caso, siguió el consejo del timonel y del dueño del barco".* (Hechos 27:11). Las cadenas parecen quitar autoridad. Llega la tormenta, y Lucas escribe: *"Como pasaron muchos días sin que aparecieran ni el sol ni las estrellas, y la tempestad seguía azotándonos, perdimos al fin toda esperanza de salvarnos".* (Hechos 27:20).

Y aparece el gran, pero de Dios. Pablo se pone de pie entre doscientas setenta y seis personas (Hechos 27:37) y dice: "Pero ahora los exhorto a cobrar ánimo, porque ninguno de ustedes perderá la vida; solo se perderá el barco" (Hechos 27:22). Un prisionero consolando a la tripulación. La razón es una visita nocturna: «No tengas miedo, Pablo. Tienes que comparecer ante el césar y Dios te ha concedido la vida de todos los que navegan contigo» (Hechos 27:24). Dios cuida de Pablo y también de quienes le rodean.

Después viene un gesto sin discurso. Pablo *"tomó pan y dio gracias a Dios delante de todos"* (Hechos 27:35), y todos se animaron a comer. Aún queda un último golpe: «Los soldados pensaron matar a los presos para que ninguno escapara a nado» (Hechos 27:42). Pero el centurión que antes ignoró a Pablo ahora lo protege, y todos llegan a tierra (Hechos 27:43-44). El plan de Dios puede ser atacado, pero siempre sigue adelante ¿Tiene algún paralelo este momento con tu vida?

En la isla de Malta aparece lo que nadie esperaba. *"Los isleños nos trataron con extraordinaria bondad. Encendieron una fogata y nos invitaron a acercarnos, porque estaba lloviendo y hacía frío".* (Hechos 28:2). Lucas los llama bárbaros en griego, y son los de afuera quienes muestran una bella hospitalidad. Luego llega una serpiente: *"una víbora que huía del calor se le prendió en la mano"* (Hechos 28:3). La gente necesita una explicación. Primero deciden que Pablo es un asesino y, cuando no muere, que es un dios (Hechos 28:4-6). A veces sin darnos cuenta, nosotros hacemos algo parecido. Una puerta se abre y creemos que Dios nos habla; una puerta se cierra y nos preguntamos qué quiere de nosotros. No está mal preguntarlo. El problema es que sea la única pregunta, porque así la fe se vuelve una forma sofisticada de hablar de nosotros mismos. No todo lo que ocurre es un mensaje personal.

Tres meses después, Pablo llega por fin a Roma. Los hermanos de la ciudad salen a su encuentro, y Pablo da gracias a Dios y se anima (Hechos 28:15). Otra vez Dios llegando primero: la Iglesia ya estaba allí. Llega al centro del mundo, pero encadenado, *"...a Pablo se le*

permitió tener su domicilio particular, con un soldado que lo custodiara" (Hechos 28:16). A los tres días reúne a los dirigentes judíos y les habla del reino de Dios desde la mañana hasta la tarde. Algunos creen, otros no, y se van sin ponerse de acuerdo (Hechos 28:23-25). No hay escena final de unanimidad... todo sigue sin resolverse.

Y el libro termina: *"Durante dos años completos permaneció Pablo en la casa que tenía alquilada y recibía a todos los que iban a verlo".* (Hechos 28:30). Lucas no dice si lo liberaron ni cómo murió. La pregunta que nos queda, ¿qué pasó con Pablo?, no es la que Lucas quiere responder. La última frase del libro es la que debemos recordar: "sin impedimento". Pablo estaba encadenado. El evangelio, no.

Festo resumió el evangelio después de ver a Pablo en un tribunal. Si alguien resumiera mi fe mirándome una semana, ¿qué diría?

Pablo estaba convencido, era sincero y estaba equivocado. ¿En qué parte de mi fe me apoyo más en mi opinión que en Cristo?

"No fui desobediente a esa visión celestial". ¿Mi encuentro con Cristo sigue dando evidencias hoy, o se volvió un recuerdo?

En la tormenta, un prisionero dio ánimo a doscientas setenta y seis personas. ¿A quién puedo fortalecer yo, aun en medio de mi tormenta?

Los isleños leyeron una víbora como un mensaje sobre Pablo. ¿Cuánto de lo que me pasa lo convierto en un mensaje sobre mí, sin preguntarme qué está haciendo Dios?

Hechos termina sin cerrar la historia de Pablo. ¿Espero que mi situación se resuelva para empezar a obedecer, o puedo servir mientras tanto?

Conclusión

Hechos 25 al 28 muestra a un prisionero que domina la escena sin tener ningún poder. Ante un gobernador, un rey, una nave que se hunde, una isla y la capital del Imperio, Pablo hace siempre lo mismo: dar testimonio de Cristo. Ni los tribunales ni Roma le dieron libertad, y nada detuvo la misión.

El patrón de Lucas vuelve a confirmarse: Dios llegó antes. Estaba en un gobernador que resumió la fe sin proponérselo, en la bondad de unos isleños, en un centurión que primero ignoró a Pablo y luego lo protegió, y en unos hermanos que salieron al camino a recibirlo. El Espíritu casi no es nombrado en estos capítulos, y sin embargo se nota en cada una de sus páginas.

El final abierto no es un descuido de Lucas, es la manera en que el libro nos pasa la posta. Hechos no cierra la historia con la biografía de un hombre, abre la de una obra que sigue fluyendo hasta nuestros días.



CARTA PASTORAL

Querida iglesia: llegamos a la última página de Hechos y nos damos cuenta de que la historia no se cierra aquí.

Este libro comenzó con una promesa de Jesús: *"...recibirán poder y serán mis testigos tanto en Jerusalén como en toda Judea y Samaria, hasta en los confines de la tierra".* (Hechos 1:8). Y lo vimos cumplirse en una Iglesia nacida entre llamas y asombro, comunidades que compartían el pan, una persecución que dispersó a los creyentes y los hizo sembrar el evangelio por todas partes. Vimos a un perseguidor derribado en el camino y convertido en apóstol, a un gentil bautizado, a una Antioquía levantada por anónimos y a misioneros enviados mientras la comunidad adoraba. Vimos concilios, puertas cerradas y puertas abiertas, una cárcel que tembló, ciudades enteras sacudidas. Y terminamos en una casa alquilada en Roma, con un hombre encadenado y un mensaje libre.

Detrás de cada escena trabajó la misma persona. El Espíritu Santo no siempre se hizo ver. A veces estuvo en el fuego, y otras en la bondad de un extraño, en un sobrino que avisó a tiempo, en un procónsul indiferente, en una promesa recibida de noche. Dios obra de maneras misteriosas.

Ahora te hago una pregunta personal: ¿dónde ha estado el Espíritu en tu historia? Piensa en el ánimo que llegó cuando ya no tenías fuerzas, en la persona que apareció justo a tiempo, en la puerta que se cerró para llevarte a otro lugar, en un hambre de Dios que no supiste de dónde salió. Ponles nombre a esas escenas y reconócelas como obra suya. Él no ha dejado de trabajar en ti.

Hechos creen tener solamente veintiocho capítulos escritos. El veintinueve lo estamos escribiendo ahora, y tú estás dentro. Que el Espíritu te encuentre disponible, atento y dispuesto a obedecer a sus palabras.




piebs